

DG/97/10
Original: español

ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS
PARA LA EDUCACION, LA CIENCIA Y LA CULTURA

Discurso
del Profesor Federico Mayor

Director General
de la Organización de las Naciones Unidas
para la Educación, la Ciencia y la Cultura
(UNESCO)

con motivo de la Reunión de expertos sobre
EL DERECHO HUMANO A LA PAZ

Las Palmas de Gran Canaria
25 de febrero de 1997

"El enorme esfuerzo que es la guerra sólo puede evitarse si se entiende por paz un esfuerzo todavía mayor, un sistema de esfuerzos complejísimos.... Lo otro es puro error. Lo otro es interpretar la paz como el simple hueco que la guerra dejaría si desapareciese; por tanto, no se puede ignorar que si la guerra es una cosa que se hace, también la paz es una cosa que hay que hacer, que hay que fabricar..."

José Ortega y Gasset,

1938.

((((SALUDOS)))

Señoras y señores:

Esta idea de la paz como quehacer, como tarea de todos y no simplemente como ausencia de guerra o como el vacío que deja la violencia cesante, estaba muy presente en el ánimo de los hombres y las mujeres que habían sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial y en 1945 se lanzaron a la reconstrucción de un mundo devastado por el conflicto más terrible de todos los tiempos. Esos filósofos, estadistas, científicos y educadores, comenzaron por fundar un sistema de instituciones internacionales cuya razón de ser era -y sigue siendo- la construcción y preservación de la paz.

La Carta Magna con que dotaron a ese conjunto de instituciones lo expresa claramente. "Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas, (estamos) resueltos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra... (y) ... a reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana..."

Como Uds. saben, una de las organizaciones encargadas de esa tarea de reconstrucción ética y material fue la UNESCO. En su Constitución, aprobada en Londres en 1946, se afirma explícitamente que la Organización se crea "con el fin de alcanzar gradualmente, mediante la cooperación de las naciones del mundo en las esferas de la educación, la ciencia y la cultura, los objetivos de paz internacional y de bienestar general de la humanidad", para los cuales se había fundado la ONU.

Este orden de prioridades no respondía simplemente a la cercanía temporal del conflicto recién concluido. Por el contrario, reflejaba la convicción profunda de que la paz duradera es premisa y requisito para el ejercicio de todos los derechos y deberes del ser humano. Que es la condición sine qua non para organizar la libertad y ejercer la justicia, para proteger la diversidad -¡la unicidad!- de la especie humana y propiciar su infinito potencial creativo así como para garantizar el desarrollo de las generaciones venideras. Y que los medios de forjarla y asegurarla son precisamente la educación, la ciencia, la cultura y la comunicación, mediante -en palabras de la Constitución de la UNESCO- "la solidaridad moral e intelectual de la humanidad".

Señoras y señores:

El ordenamiento brutal de la sociedad, basado en el miedo, la violencia y el desprecio por la ley -eso que con frecuencia se denomina "cultura bélica"- ha sido la norma más que la excepción a lo largo de muchos siglos. Pero esa estructura social fundamentada en la fuerza y la opresión de unos hombres por otros, toca a su fin en nuestra época. En los albores del tercer milenio, el fracaso de la violencia como hilo conductor de la historia es estrepitoso: las diferencias entre los que poseen y los que carecen se amplía; exiliado el amor, los países otrora

faros del cambio y de la transformación social, se reducen a la opacidad de sus miopes estrategias económicas. Y nadie es feliz: los que poseen mucho y prematuramente, porque nunca se quiere y se aprecia lo que no se ha soñado; los que nada poseen, porque amanecen en las urgencias de sobrevivir, con el corazón y la mente heridos por el desamparo y la exclusión.

Por primera vez en la historia, el ser humano se encuentra en condiciones que le obligan a inventar nuevas fórmulas de convivencia, si quiere sobrevivir como especie. La "cultura bélica" resulta cada día más obsoleta en un mundo unificado por los cambios demográficos, la evolución científica y los peligros medioambientales. El dominio físico de territorios o de pueblos enteros ha llegado a ser irrelevante en un planeta regido por los intercambios instantáneos de información y de capital.

Esta modificación global de las condiciones de vida nos ofrece nuevas posibilidades y, al mismo tiempo, nos obliga a afrontar dificultades hasta ahora desconocidas. Los problemas que afectan en la actualidad a una parte de la humanidad amenazan con trastornar en breve plazo a todo el planeta. La planetaridad es patente. Como en el navío leonordino todos -ricos, pobres, mujeres, hombres, jóvenes, ancianos, blancos, negros...- compartimos un destino común. "El mundo es uno o ninguno" sentenció Albert Einstein. Con el desarrollo científico, pero también con su aplicación a la destrucción masiva, hoy más que nunca, el porvenir de cada ser humano -cualesquiera sean su raza, cultura o religión- está estrechamente vinculado al de todos sus semejantes.

Una consecuencia de esta interdependencia es que cada uno de los derechos reconocidos en los tratados y las declaraciones internacionales, tiene una contrapartida de deberes por parte de cuantos los acatamos y defendemos. Está claro que los derechos son inherentes y por tanto, no están condicionados en absoluto por el cumplimiento de los deberes correspondientes. Y está también muy claro que la dimensión transnacional -en los sectores público y privado, en los medios de comunicación, con tanta frecuencia peligrosamente unidireccionales- subraya la importancia esencial de cada persona única. Cada persona protagonista de derechos y deberes. Pero el propio concepto de persona implica el plural, implica "el otro", implica la comunidad. Así, la obligación de mantener la paz en el centro de Africa, de fomentar la alfabetización en Suramérica o de proteger el patrimonio en el Lejano Oriente, concierne a cada uno y a la comunidad internacional en su conjunto. Sólo con un clamor popular, sólo con un movimiento general de conciencias se logrará la movilización imprescindible para este cambio de rumbo que es éticamente exigible. Este sentido de la responsabilidad planetaria, de una urgencia inaplazable de solidaridad más allá del ámbito local, regional o nacional, es uno de los rasgos definitorios de la nueva era. Y en ningún otro aspecto de nuestra existencia resulta esta verdad más evidente que en lo relativo a los derechos de las generaciones futuras.

Debo señalar con satisfacción que este año la Conferencia General de la UNESCO considerará para su aprobación la "Declaración sobre la protección de las generaciones venideras", una iniciativa conjunta de la Organización y la Fundación Cousteau, que desde hace varios años cuenta con el respaldo del Instituto Tricontinental de la Democracia Parlamentaria y los Derechos Humanos, con sede aquí, en Canarias. Los seminarios que se celebraron en la Universidad de La Laguna en noviembre de 1992 y febrero de 1994 impulsaron considerablemente la reflexión sobre este tema.

Señoras y señores:

Mucho antes de que se manifestaran los primeros síntomas visibles del ocaso de la cultura bélica, la UNESCO proclamó la necesidad de fundar y desarrollar una cultura de paz, que sustituyese al ordenamiento internacional que periclitaba. Esta idea de forjar la paz, de cultivarla con medios que permitan su arraigo y fructificación, se traduce en el esfuerzo no sólo de contener los conflictos y la violencia, sino también de fomentar iniciativas orientadas a atacar en su raíz los males que les dan origen.

La ignorancia y la pobreza extrema; el fanatismo racial, religioso o ideológico; la intolerancia y el desdén hacia el prójimo; la opresión y la injusticia, son fuente de violencia. Son éstas las situaciones humanas que conducen a la marginación, la indiferencia, el rencor y la animadversión. Para atajar los conflictos en sus inicios, es menester identificar estas raíces profundas y actuar a tiempo, con lucidez y osadía. La anticipación y la prevención que de ella puede resultar, constituyen la única victoria que está a la altura de las facultades distintivas de la condición humana.

El diagnóstico certero y la acción oportuna y radical son, pues, las claves de esta tarea de "edificar los baluartes de la paz" a la que nos convoca la Constitución de la UNESCO. Primero, el análisis sereno de la etiología de los males; luego, en cuanto el conocimiento sea suficiente -y fíjense que digo suficiente, no perfecto- hay que proceder con rapidez y denuedo, yendo a la raíz de los conflictos. Saber para prever, y prever para prevenir, sabiendo actuar mientras aún tenemos la ocasión de hacerlo, convencidos de que "el riesgo sin conocimiento es peligroso, pero el conocimiento sin riesgo es inútil".

Esta labor preventiva es indispensable para forjar una paz justa y duradera. Las condiciones vigentes en la mayor parte del planeta nos obligan a proceder de tal modo que se eviten posibles efectos irreversibles. La existencia, en un planteamiento razonable para la toma de decisiones, de "puntos de no retorno", exige moralmente la adopción de decisiones oportunas. Tanto si se trata de cuestiones medioambientales como de problemas culturales, sociales o situaciones de conflicto armado, actuar a tiempo es el único modo de corregir tendencias que podrían desembocar en alteraciones irreparables del legado natural, cultural, genético y ético.

Yo no quisiera que legáramos a las generaciones venideras -a nuestros hijos y nietos, que encarnan nuestra esperanza- un mundo menoscabado y empobrecido por esas alteraciones. En este sentido, me gusta evocar las palabras de Montesquieu, que en El espíritu de las leyes nos recuerda que "Cuando Sila quiso devolverle a Roma su libertad, ésta ya no pudo recibirla". Ahora que la coyuntura histórica es particularmente propicia para que cada ciudadano recupere la libertad, la capacidad y el conocimiento que le corresponden, no quisiera que los obstáculos nacidos de nuestra imprevisión llegaran a impedirlo.

Una de las dificultades que plantea este cometido de avizorar y prevenir, es que viene a ser, en lo medular, una "gestión de intangibles". Como la salud, el buen tiempo o la marcha adecuada de la economía, la paz es uno de los aspectos de la existencia que se dan por sentados, que se olvidan a fuerza de disfrutarlos y sólo se echan de menos cuando se pierden.

Del mismo modo, la prevención sólo suele notarse cuando fracasa. Nadie condecora a los generales por las guerras que evitan, sino por las que ganan. Quizá si en el futuro logramos organizar la paz y la seguridad a escala mundial, regional y nacional, de manera que los ministerios de defensa puedan convertirse progresivamente en ministerios de paz, llegue a instaurarse un galardón que reconozca esta importantísima labor de prevención.

Por desgracia, lo que viene sucediendo hasta ahora es que actuamos con retraso y aplicamos paliativos insuficientes una vez que las crisis han estallado. Esto se debe, entre otras cosas, a que estamos preparados para los retos del pasado pero no para los de hoy en día y mucho menos para los que ya se vislumbran en el futuro inmediato. El uso racional del agua, el incremento de la calidad de vida en el medio rural que disminuiría los flujos migratorios, el cambio climático, la pérdida de la biodiversidad, la uniformización cultural o la proliferación nuclear, plantean problemas cuya relevancia aumentará de modo exponencial en las próximas décadas. Pero ahora estamos preparados para guerras improbables, con gran despliegue de aparatos costosísimos, mientras carecemos de los dispositivos que nos permitan avizorar y mitigar las catástrofes naturales o provocadas que nos afectan de modo recurrente.

Violencia es dominio por la fuerza, pero es también insolidaridad, es desamparo, es niños de la calle, es jóvenes que no hallan otra respuesta que la evasión por la droga... Violencia es olvidarse de la faz humana cuando se elaboran los planes de desarrollo...

La construcción de la paz requiere la renuncia generalizada a la violencia y el compromiso de toda la sociedad -civil, militar, eclesiástica- para consolidar un marco de convivencia genuinamente democrática, que permita invertir en la prevención y el largo plazo. "Si vis pacem, para bellum" ("Si quieres la paz, prepárate para la guerra"), advertía el viejo adagio romano. La divisa del nuevo siglo ha de ser: "Si quieres la paz, constrúyela". Cada ciudadano, con su comportamiento cotidiano, suprema expresión de la cultura.

Señoras y señores:

Esta actitud de avizorar y prevenir, esa "gestión de intangibles", habría ahorrado quizás catástrofes como las ocurridas en los últimos años en Bosnia, en Angola o en Afganistán. Si hubiéramos cumplido las promesas que en 1974 formulamos, en el marco de las Naciones Unidas, de dedicar el 0,7 % del Producto Nacional Bruto de las economías industrializadas al desarrollo de los países menos favorecidos, sin duda la situación actual sería diferente. Algunos países hoy "vecinos irritados" serían buenos amigos. Incluso serían buenos clientes. Si; la situación sería diferente. Pero no se hizo así. En lugar de compartir los recursos y saberes, para contribuir al desarrollo integral de esos pueblos, les hemos impuesto modelos políticos y socioeconómicos que hacían caso omiso de la historia y las peculiaridades de cada cultura. Les hemos vendido enormes cantidades de infraestructura, de equipo... y de armas, sin haberles ayudado a desarrollarse por sí mismos. A veces, incluso, nos hemos hecho de la vista gorda -si es un país buen cliente- o hemos apoyado a gobiernos ilegítimos y a oscuros intereses mercantiles. Hemos querido solucionar problemas transnacionales a escala nacional. Y nos hemos equivocado. Por importante que sea un país, las cuestiones internacionales deben abordarse en el marco de las organizaciones internacionales.

Señoras y señores:

Hoy resulta ya obvio que no es posible pagar simultáneamente el precio de la guerra y el precio de la paz. Si deseamos construir una sociedad más justa y más pacífica para el próximo siglo, hemos de lograr que al menos una parte de los recursos que ahora se despilfarran en medios de destrucción y muerte, se destinen a la previsión y el desarrollo. La violencia y la fuerza han fracasado. El autoritarismo ha mostrado la cara amarga de la derrota, junto a la de la muerte. Demos ahora una oportunidad -a la paz, al diálogo, a la tolerancia-. "Give peace a chance", cantaban los Beatles en los años 60. Y es que a veces son los poetas y los cantantes los que lanzan al viento las preguntas reales del cambio.

Esta transformación permanente de la imposición y la fuerza, al diálogo y la razón, está resumida en el concepto de "cultura de paz", cuya promoción constituye la tarea prioritaria de la UNESCO. Es lo que en inglés se llama peacemaking o peacebuilding, por oposición al simple apaciguamiento o mantenimiento del alto al fuego, el peacekeeping. La lentitud y la falta de coordinación con que la comunidad internacional reacciona a las urgencias humanitarias, pone de relieve la carencia de dispositivos de acción inmediata, que permitan movilizar los recursos indispensables con celeridad y eficacia. Eso es válido tanto para los casos de guerra como para los de catástrofes naturales.

La intervención de fuerzas de apaciguamiento, aunque meritoria -como lo es la de la Cruz Roja-, es vivo reflejo de nuestro fracaso. Su despliegue en medio del combate indica que actuamos con retraso y aplicamos paliativos insuficientes. Porque el reto más importante del siglo que alborea no será el de conseguir treguas entre los contendientes, una vez iniciado el conflicto, sino el de prevenir éste en su origen, mediante un trabajo orientado a extirpar las raíces profundas de la violencia. Un paso importante en este sentido es la creación de observatorios permanentes y dispositivos de seguridad regional que garanticen la solución de los conflictos mediante el diálogo y la negociación, lo que permitiría reducir considerablemente los gastos de defensa y dedicar esos recursos a otros cometidos. El gran obstáculo a la prevención y al establecimiento de estos mecanismos es la inercia de la inmensa maquinaria bélica. Son los enormes intereses y la falta de perspectiva y liderazgo, los inconvenientes reales para esta gran transición.

Señoras y señores:

La paz, el desarrollo y la democracia forman un "triángulo interactivo", cuyos vértices se refuerzan mutuamente. Sin democracia, no hay desarrollo duradero. La pobreza y el estancamiento económico socavan la legitimidad democrática y dificultan la solución pacífica de los problemas. La guerra es la vía más efectiva para empobrecer a cualquier sociedad y dejarla inerte ante las ambiciones dictatoriales.

El eje dinámico de este triángulo es la educación. Desde hace medio siglo, todas las conferencias de las Naciones Unidas han coincidido en proclamar que, sea cual sea el tema abordado (medio ambiente, población, desarrollo social, derechos humanos y democracia, mujer o vivienda), la educación es la clave para esta perentoria inflexión del rumbo actual del mundo, que agranda el foso que separa a los saciados de los menesterosos, a los países ricos en bienes materiales y saberes, de las naciones menos favorecidas por la historia o la geografía.

Educación para todos, durante toda la vida: ése es el gran desafío de nuestra época, el que no admite subterfugios ni dilaciones. Educación que despierte el potencial creador de cada persona (ese "tesoro interior" del que nos habla la Comisión Delors en su informe); educación que forja actitudes de tolerancia, que instila valores, ... que permite, a cada ser humano, alcanzar esta "soberanía personal", el dominio de sí mismo, el diseño por cada cual de sus propias elecciones, de su propio destino.

El empeño de forjar una cultura de paz, en la cual el comportamiento cotidiano refleje los valores cívicos de tolerancia y amor al prójimo, pasa pues por un incremento sustancial de los recursos destinados a la educación. Sólo así podremos transmitir los valores, orientar las actitudes y elaborar los dispositivos jurídicos capaces de sustituir con ventaja a los obsoletos andamiajes de la cultura bélica, que todavía se mantienen en pie, a veces por rutina, a veces por cobardía. El tránsito de una cultura de guerra a una cultura de paz implica un cambio radical de comportamientos y hábitos.

¿Cuál es nuestra fuerza, nuestra única fuerza? La palabra. No es vencer. Es convencer. Es movilizar un clamor popular entorno a unos ideales. Esa es la fuerza genuina de la democracia. No es el dinero. No es la técnica. Es el pueblo. Es el espíritu. Se trata pues de un gran esfuerzo colectivo para alcanzar la paz mediante la palabra. Porque la palabra es a la vez medio y fin de toda cultura. La palabra, como instrumento del pensamiento u objeto de arte, como esencia de la política o símbolo religioso, es raíz y flor de toda cultura. Sin duda por eso Aristóteles definía al hombre a la vez como ente político y como ser dotado de palabra. Esto equivale a decir: como ser pensante y respetuoso de la ley. Por eso, cuando la violencia y la tiranía se enseñorean de un país, todo y todos tienen que callar. En un contexto de violencia, "les lois se taisent" ("callan las leyes"), según nos recuerda la fórmula de la Revolución Francesa. No basta, pues, con declarar "el derecho humano a la paz", si no desencadenamos el proceso que pueda hacerlo efectivo, utilizando todos los resortes a nuestro alcance, y sobre todo los medios de comunicación, para conseguir lo antes posible hacer callar las armas en los frentes de combate, donde todavía hoy mueren hombres y mujeres por causas que merecen ser vividas. En este contexto alcanzan todo su sentido los versos de Salvador Espriu, cuando escribe a los jóvenes del porvenir: "Però em viscut per salvar-vos els mots...". Porque sí, sí vale la pena consagrar la vida a salvar las palabras, el significado de las palabras -la paz, la cultura, la justicia, la solidaridad- para preservar los principios éticos que las animan y sostienen. El "contrato moral" propuesto por la Dra. Prera Flores y el llamamiento a todos los grandes actores sociales -parlamentarios, en representación del pueblo, cuya voz es la única que puede cambiar las actuales tendencias; alcaldes, empresarios, gobernantes, medios de comunicación... Sólo así, con un proceso de conciencia en todos los ciudadanos se dará solución a la altura del desafío -de índole moral- para sus verdaderos protagonistas: cada mujer y cada hombre.

Señoras y señores:

En un célebre ensayo, titulado *El hombre rebelde*, Albert Camus examina las grandes convulsiones políticas de Occidente, a partir del siglo XVIII, y llega a la conclusión de que "la historia de nuestra época nos obliga a afirmar que la rebeldía es una de las dimensiones esenciales del ser humano. Es una evidencia fundamental, que arranca al hombre de su soledad". La rebeldía no violenta, la indocilidad creativa, la insumisión de quienes no se

resignan a lo intolerable, es la mejor garantía de que la humanidad sabrá realizar con éxito la transición de la fuerza de la fuerza -que aún hoy prevalece- a la fuerza de la razón.

A los augurios pesimistas de luchas de civilizaciones y a las hipótesis de que hemos alcanzado el final de la historia, es urgente oponer la convicción de que sólo ha concluido una fase de ésta, una etapa de cultura bélica basada en el miedo y la opresión, y que alborea otra historia, en la cual la democracia y el desarrollo científico pueden llegar a ser, por vez primera, una realidad para todos los pueblos. El poeta catalán Jesús Massip escribió unos versos que suelo citar con relación a esa actitud pesimista: "Ara les hores tornen / i ens troben fets i dócils" ("Ahora vuelven las horas y nos encuentran maduros y dóciles"). Nada podemos esperar de los dóciles y los satisfechos, de los indiferentes y los saciados. Todos tenemos un papel que desempeñar y, si asumimos convencidos este compromiso, podremos afrontar con éxito los retos de la contemporaneidad.

Sólo el dinamismo, la rebeldía no violenta y la disposición a afrontar los riesgos nos permitirán alcanzar ese horizonte. Sólo la creatividad, el denuedo para emprender en todos los órdenes de la existencia, la imaginación y la generosidad, nos impulsarán a vencer la marginación y el despilfarro -humano y material-, a preservar el medio ambiente y a continuar el desarrollo endógeno.

A cada uno de nosotros, en tanto que ciudadanos conscientes, nos corresponde una parte de responsabilidad en esta tarea. Pero los maestros y los dirigentes políticos, que por vocación y por formación disponemos de los instrumentos del desarrollo y la transformación socioeconómica, hemos de asumir una cuota de responsabilidad mucho mayor. Porque, para saber hacia dónde vamos, es preciso fijar puntos de mira muy elevados. Como nos recuerdan los versos de uno de los heterónimos de Fernando Pessoa: "La luna brilla por igual en el mar y en los charcos pequeños, porque está suficientemente alta". Pero el rumbo tampoco puede verse en la oscuridad. Nada puede hacerse sin un contexto de paz y de justicia. La paz es un pre-requisito, una premisa.

La Historia ha demostrado fehacientemente, a un precio elevadísimo en vidas y en sufrimiento, que la libertad y la igualdad no pueden darse por separado ni de modo excluyente. En 1981, se hundió un sistema basado en la igualdad, pero que se había olvidado de la libertad. Ahora presenciamos la zozobra del sistema contrario. Ha olvidado la igualdad. Tendrá que rescatarla rápidamente. Y la condición para el éxito de ese rescate es el sentimiento -hondo, firme, cotidiano- de fraternidad, que ambos sistemas dejaron olvidado en el punto de partida.

No, ningún derecho se puede ejercer en medio de la guerra; ningún esfuerzo de transformación socioeconómica dará fruto en situaciones de conflicto; del mismo modo, es sumamente difícil garantizar la paz y la gobernabilidad democrática en ausencia de progreso -económico, científico, técnico- de todos los elementos de la sociedad. Sólo el desarrollo endógeno y respetuoso del medio ambiente - el desarrollo con rostro humano - proporciona los cimientos para edificar la paz en el espíritu de los hombres. Sólo con la libre participación de todos podrá forjarse una cultura de paz para el nuevo siglo.

La paz, como la libertad, como el amor, no es un don. Es un quehacer personal, intransferible. Las respuestas no están fuera. Están dentro de cada uno de nosotros. Que ésta sea la convicción que, iluminada por la luz de estas Islas Afortunadas, sepamos transmitir a todos los habitantes del planeta.